

# El Servidor

Boletín mensual para los Servidores de la Renovación en el Espíritu Santo de Cuba

## 5. LA ORACIÓN DE INTERCESIÓN

Sabemos muy poco sobre las formas de oración empleadas por Jesús. Sabemos de su familiaridad con los salmos que, sin duda, recitó siguiendo el proceder de todos los judíos piadosos. Conocemos también su costumbre de interceder por las personas a las que amaba: “*¡Simón, Simón! Satanás los busca para sacudirlos como se hace con el trigo; pero yo he rogado por tí para que tu fe no desfallezca*” (Lc. 22,31). Esto es un ejemplo de lo que Jesús hizo en su tiempo de oración. Practicó la oración de intercesión.

En el Evangelio de Juan encontramos otra indicación: “*Por ellos ruego yo; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado... Padre, Padre santo cuida en tu nombre a los que me has dado para que sean uno como nosotros... No ruego sólo por estos, sino también por aquellos que por medio de sus palabras creerán en mí. Que todos sean uno... ¡Oh, Padre! Que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado*” (Jn 17,9-21).

La Escritura nos dice que Jesús realiza actualmente esta misma función: “*Pero este posee un sacerdocio perpetuo porque permanece para siempre. De ahí que pueda también salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder a su favor*” (Hb.7,24-25).

“*¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es quien justifica. ¿Quién condenará? Acaso Cristo*

*Jesús, el que murió; más aún, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios y que intercede por nosotros?”* (Rom. 8,33-34).

Jesús recomendó a sus discípulos: “*La mies es mucha y los operarios son pocos. Rueguen pues, al dueño de la mies que envíe trabajadores a ella*” (Mt 9,37-38). Vienen a la mente toda clase de objeciones: ¿Por qué debemos pedir a Dios algo que sabe que necesitamos? Y para colmo, se trata de su cosecha... ¿Acaso no sabe que necesita más operarios?

Jesús se olvida de todas estas objeciones y en cambio nos anuncia una ley misteriosa del mundo de la oración: Dios, por propia voluntad, ha colocado su poder, en cierto sentido, en manos de la persona que intercede; de manera que, mientras la persona no interceda, su poder queda como amarrado.

Cuando practiques la oración de intercesión descubrirás el poder enorme que encierra, y, una vez que hayas sentido ese poder, no cesarás de orar. Al final del mundo comprenderemos en qué medida han sido configurados los destinos de las personas y de las naciones, no tanto en virtud de los acontecimientos externos provocados por personas poderosas y por acontecimientos que parecían inevitables, sino por el silencioso, callado, irresistible poder de la oración de personas a las que el mundo jamás conocerá. Basta echar una mirada a las cartas de San Pablo para darse cuenta de lo mucho que empleó la oración de intercesión en su vida apostólica. No poseía grandes cualidades de orador, como él mismo confesaba a los corintios, pero obró milagros prodigiosos. Llevó, sobretodo, una vida de oración profunda. “*Siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos, con perseverancia e intercediendo por todos los santos, y también por mí, para que me sea dada la Palabra al abrir mi boca y pueda dar a conocer con valentía el Misterio del Evangelio*” (Ef.6,18-20).

Ejemplo del querer de Dios con respecto a esto, son los *Grupos de Intercesión* de la Renovación que van surgiendo por todas partes. Los constituyen personas que sienten una especial llamada para reunirse a los pies de Jesús usando este tipo de oración.

Quizás seas una de esas personas a las que el Señor llama, de manera especial, a ejercer el ministerio de



intercesión y a transformar el mundo y los corazones de los hombres mediante el poder de su oración.

Si has recibido esta llamada de Dios, la intercesión será tu forma más frecuente de orar. Incluso si no has recibido la vocación a este ministerio de una manera especial, te sentirás impulsado, frecuentemente por Dios a interceder en diversas ocasiones. Existen muchas formas y maneras de practicar este tipo de oración. He aquí una:

- *Invoca al Espíritu Santo.*
- *Dedica un tiempo a tomar conciencia de la presencia de Jesús y a entrar en contacto con Él...*
- *Imagina que Jesús te inunda con su vida, con su luz y con su poder... Contempla todo tu cuerpo -imaginativamente- deslumbrado por la luz que proviene de Él...*
- *Ahora evoca con la imaginación, una por una, las personas por las que deseas orar. Ora por ellas comunicándoles todo el poder y la vida que has recibido de Cristo... Dedica un tiempo a cada una...*
- *Invoca, sin palabras, el amor de Cristo para ella... Contempla cómo se siente embriagada por la vida y por el amor de Cristo... Mira cómo se ha transformado.*
- *Pasa después a la persona siguiente... a la siguiente...*
- *Es absolutamente necesario que te hagas presente a Jesús y que entres en contacto con él al comenzar la oración de intercesión. De otra forma, tu oración puede no serlo; reduciéndose a un mero ejercicio de recordar personas. Existe el peligro de que centres tu atención únicamente en las personas y no en Dios.*

- *Nuevamente, permanece algún tiempo en la presencia de Jesús, bebe de su poder, de su Espíritu; luego continuarás tu intercesión por otras personas.*
- *Pide ahora por las personas que te han sido encomendadas: los pastores, por su rebaño... los padres... por sus hijos... los profesores, por sus alumnos...*
- *Luego, tras haberte detenido otra vez en el amor de Cristo y en su poder, comienza a orar por tus enemigos, ya que Jesús te ha impuesto la obligación de orar por ellos. Coloca tus manos en señal de bendición sobre cada una de las personas que te desagradan... o para las que tú no resultas simpático... sobre las que te han ocasionado algún daño... siente cómo el poder de Cristo se trasmite por medio de tus manos a sus corazones...*
- *Pasa después a orar por la nación entera... por la Iglesia... Los tesoros de Cristo son infinitos; no temas agotarlos al pretender darlos a todas las naciones y personas...*
- *Mantén tu mente vacía de todo pensamiento predeterminado, de toda idea preconcebida, adopta la actitud del que escucha, espera, da oportunidad al Espíritu de Jesús para que Él te sugiera personas e intenciones por las que orar... Cuando venga a tu mente una persona, impón sobre ella tus manos en nombre de Cristo...*

Algunas personas, cuando alcanzan un profundo sentido de unión con Dios, se ven empujadas por él a interceder por otros. Al principio sienten preocupación pensando que puede tratarse de distracciones; hasta que comprenden que

fueron llevados a ese estado de unión profunda con Dios, entre otras cosas, para interceder por sus semejantes y para que esta intercesión, lejos de distraerles, les introduzcan con mayor profundidad en la unión con Dios. A través de la práctica frecuente de la oración de intercesión, descubrirás que, cuanto más regales los tesoros de Cristo sobre otros, más inundada se sentirá tu propia vida y tu corazón con ellos. Al interceder por otros, estás enriqueciéndote a ti mismo.

\* \* \*

## CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

### *“Sanad a los Enfermos”*

**1508** El Espíritu Santo da a algunos un carisma especial de curación (cf 1 Co 12,9.28.30) para manifestar la fuerza de la gracia del Resucitado. Sin embargo, ni siquiera las oraciones más fervorosas obtienen la curación de todas las enfermedades. Así S. Pablo aprende del Señor que "mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza" (2 Co 12,9), y que los sufrimientos que tengo que padecer, tienen como sentido lo siguiente: "completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1,24).

**1509** "¡Sanad a los enfermos!" (Mt 10,8). La Iglesia ha recibido esta tarea del Señor e intenta realizarla tanto mediante los cuidados que proporciona a los enfermos como por la oración de intercesión con la que los acompaña. Cree en la presencia vivificante de Cristo, médico de las almas y de los cuerpos. Esta presencia actúa particularmente a través de los sacramentos, y de manera especial por la Eucaristía, pan que da la vida eterna (cf Jn 6,54.58) y cuya conexión con la salud corporal insinúa S. Pablo (cf 1 Co 11,30).